

## NOTAS NECROLOGICAS

### EL DR. MARIO ALFONSO TORROELLA

#### IN MEMORIAM

UN DOMINGO 5 de marzo, cuando un sol brillante llegaba a su cenit descendió a su tumba un hombre excepcional, el Dr. Mario A. Torroella. En el Panteón Civil de Dolores, no se oyó el sonido de los clarines funerarios, ni atronó el aire el ronco destemplantar de los tambores de luto. Fue un sepelio humilde, modesto, lleno de dignidad y de paz. Calmado y sincero, como lo son los de los verdaderos grandes hombres, sin estruendo, sin falsas lágrimas, ni zalamerías de cortesanos, sino solamente con la austeridad, con el verdadero dolor de una despedida eterna al que se le tuvo respeto y amor. La tumba familiar quedó cubierta de flores y en la humilde lápida de piedra deberán de grabarse dos fechas: Alfa, el 10 de mayo de 1887 y Omega, el 4 de marzo de 1967 y abajo un simple nombre: "Dr. Mario Alfonso Torroella y Estrada": Sí. Nada más, pero entre las dos letras griegas se encierran ochenta años de vida noble y fecunda. Vida generosa que comienza al terminar un siglo y se extingue al mediar otro; con una muerte recogida y callada, pero llena de gloria, tal cual como dicen que

mueren los reyes o mueren los astros, con reflejos de aurora y la frente coronada de estrellas.

En una casona de la hoy Avenida Hidalgo, junto a la Iglesia y Hospital de los Hipólitos, se desarrolla la niñez de Torroella, que lleva la alegría de su ascendencia cubana. El niño crece bajo los uniformes brillantes, las corazas bruñidas y los penachos de plumas de la milicia palatina del Dictador en la que su padre el Gral. Enrique Torroella es figura y factor importante. No sabemos por qué, pero en lugar del Colegio de Mascarones, que rige la mano férrea —enguantada de terciopelo— de los hijos de Loyola y donde se educaba la juventud dorada del México de ayer, es la escuela pública de Tacubaya y la Preparatoria Positivista de Gabino Barreda las que preparan y educan al muchacho Torroella para ganarse la vida y es cosa significativa en su destino que llevando en la sangre y en su medio la milicia no sigue ese camino, sino escoge otro; el amargo, el duro y difícil que le impone su vocación de servicio y se inscribe en la Facultad de Medicina para ser

médico. En la escuela de la chata esquina, que señorea en su trono de piedra la Corregidora Ortiz de Domínguez, transcurre su vida de estudiante y allí asiste al derrumbe del trono porfirista y la llegada de la Revolución Mexicana. Ve salir viejos directores y entrar nuevos, y en su año de recepción le toca el asesinato del mártir Madero, con sus previos diez días de espanto y de muerte y recibe su bautismo de sangre curando heridos, bajo la bandera de la Cruz Roja Mexicana. Hábil cirujano, a pesar de su juventud, es el discípulo predilecto del Dr. Aureliano Urrutia, que se hace director de la Escuela de Medicina y después Secretario de Gobernación de Victoriano Huerta y no se seca aún la tinta de su título, cuando Urrutia, cargado de culpas y acosado por la misma fiera a quien sirve, huye al extranjero y le deja al joven Dr. Torroella sus innumerables enfermos. En aquel Sanatorio de Coyoacán, él los atiende con amor y con celo, sin distinción de ideologías, ni espíritu de partido y los encamina hacia la salud y la vida. La patria vive convulsa en una cruenta transformación social; la lucha armada no encuentra aun su asentamiento y el ejercicio de la medicina es difícil, entre el tifo, la miseria y el hambre del pueblo que sufre la enfermedad revolucionaria y en ese medio pobre y agotado, le toca ejercer al novel médico Torroella. Inteligencia preclara, pronto encuentra camino. Su aristocracia de espíritu, su inimitable don de gentes, le abre las puertas de los palacios y las zahurdas y tiene un éxito profesional estupendo

en la clientela privada. Pero su ansia de servicio le hace fundar en 1917 y ser el primer director de la Casa de Salud Mier y Pesado, que se aposenta en el mismo palacio veraniego de Tacubaya donde Isabel Pesado y Antonio de Mier paseaban la tristeza de su matrimonio estéril. La Casa de Salud constituye su primera pasión y en ella es cirujano y apóstol y ejerce su profesión con espíritu nazareno. Paradójicamente, aun siendo su director, cincuenta años más tarde a ella ingresa como enfermo y descansa en una de sus salas para morir —como si fuera en brazos de su primera novia— un cuatro de marzo de 1967.

Torroella es antena sensitiva a todos los cambios de la ciencia y espíritu europeo, como era su tiempo; va a Francia y en sus hospitales y escuelas su genio latino y su bondad de alma se imponen y entre tantos extranjeros es él el discípulo de Marfan y de Hutinel y en la Sociedad de Pediatría de París presenta numerosos trabajos donde Nobecourt es comentarista y hace de su especialidad —la de curar niños— una epopeya. Vuelve a la patria y su nombre es conocido en todos sus confines. Miles de madres, con los ojos ahitos de llorar, al llevarle la carne de su vientre ponen en él toda su confianza, porque Torroella es un clínico que cura no sólo con sus manos, sino también con el corazón entero. Desfilan por su consultorio miles de niños llenos de dolor y desesperanza y él alivia dolencias, los arranca de la muerte y enjuga lágrimas de toda esa infinita legión del sufrimiento, y lo que es más, cuando su

ciencia es impotente, deja en todos el consuelo de su bondad y la resignación infinita de su cristianismo sincero.

Maestro innato enseña a todas horas: en la clínica, en la escuela y en su hogar. Funda la cátedra de enfermedades de los niños y junto con ese otro paladín de la pediatría americana, el Dr. Espinosa y de los Reyes, da en 1930 el primer curso de post-graduados para pediatras, dando nacimiento en toda su pujanza y grandeza a la pediatría de hoy. En su clínica de pregraduados, miles de médicos ahora eminentes y entonces simples estudiantes, pasan por su aula y en todos deja el amor por el niño y la esperanza de un futuro mejor para la patria que ellos representan. Pero Mario Torroella nació para servir a los demás y no se encierra como tantos, en su torre de enseñanza y sapiencia sino va a los humildes, a los desposeídos de todo y junto con Espinosa de los Reyes —sin la demagogia y mentira de ahora— inunda la República entera de millares de verdaderos Centros de Asistencia Materno-Infantil como ejemplo de valor y servicio.

En verdad la Academia Nacional de Medicina escoge lo mejor del Cuerpo Médico Nacional y por ello llama a Torroella a sus filas; ingresando a la Corporación el 22 de diciembre de 1926. Su trabajo de ingreso “¿Existe el raquitismo en México...?” es una expresión clara de su angustia por las carencias y el hambre del niño mexicano y esta elegía dolorosa termina con otra en 1942, que se hace clásica en la *Pediatría Internacional*: “El síndrome

hipoproteínico avitaminósico”. Veinte trabajos llevan su nombre en la bibliografía académica. Es vicepresidente y por renuncia del Dr. Gurría Urgel, Presidente en el año de 1943. Después socio titular y por último, cumpliendo con el artículo 313 de nuestro reglamento, que marca que tal honor sólo debe concederse a los que hayan prestado grandes servicios a la medicina y a la humanidad, la Academia lo hace su socio honorario el 24 de junio de 1966.

Pero si grande es el médico, el maestro y el académico, más inmenso es Mario Torroella como hombre, no como ángel de otra dimensión sino como simple mortal de carne y hueso, con todas las flaquezas y debilidades de los hijos de Adán, pero con un genuino humanismo cristiano. Jamás en sus labios se oyó una crítica adversa, ni un reproche injustificado. Como aquel que muriera en la cruz fue muy atacado y muchas veces, uno de sus discípulos amados, encarnó también a Judas y lo vendió por treinta dineros. Pero eso no obstante, siempre supo ser un compañero médico de verdad, tanto en el triunfo, como en la derrota. Siempre perdonó, amplía y generosamente y dio su mano y escarcela al que estaba más caído y triste y lo hizo sin que nadie lo supiera nunca. Como Jesús supo olvidar la mano que afrentó su mejilla y llegó a besar el dardo que lo hirió, porque Mario Torroella era un verdadero maestro de hombres y era una guía y luz en este camino nuestro tan lleno de obscuridad y desaliento...

Ahora el maestro se ha ido. Su faro

es sólo ya memoria y su sitio está vacío y cuán difícil será ocuparlo; pero una ley inexorable que llegará a todos le ordenó partir. Que descansa en paz, Mario Alfonso Torroella. Pero a nombre de la Academia Nacional de Me-

dicina, de la Pediatría Mexicana, de sus infinitos discípulos y amigos, dejad que el último, el más obtuso de ellos, lo despida con estas palabras que quizá en su premonición encierran una inútil esperanza... **¡Hasta la vista maestro!**

México, 29 de mayo de 1967

DR. ANTONIO PRADO VÉRTIZ